

# CAPÍTULO 1

---

## Cuerpos de pensamiento



«Siento como si en estos días hubiera vivido varias vidas. Es muy extraño recordar mi infancia y tener la sensación de que era yo.»

Jñanamitra, que ha vivido como hombre y como mujer.

Antes de embarcarse en la búsqueda de una entidad difícil de encontrar, es prudente comprobar primero que lo que se está buscando no esté ya justo debajo de la nariz. En el caso del yo, algunos nos instarían también a mirar hacia arriba y detrás. Cuando se trata de establecer la identidad de otra persona, o de demostrar la propia, nunca hay ningún misterio existencial o metafísico. Más bien se enseña el pasaporte o el carné de conducir, se dan las huellas dactilares, se hace un análisis de sangre, o una lectura del ADN. Se identifica el cuerpo y, de este modo, se identifica a la persona.

En términos prácticos, no hay ningún misterio profundo en la propia identidad. Recibimos certificados de nacimiento y de muerte y rara vez se produce alguna dificultad para que los dos concuerden. Como plantea el filósofo contemporáneo Eric T. Olsen: «¿No es obvio que somos animales?».<sup>1</sup> Tan obvio, en realidad, que si se consideran las alternativas uno se da cuenta de que «nadie sino un filósofo podía haber pensado en ellas. Y será necesario algo más que un poco de filosofía para conseguir que alguien se las crea. Comparada con estas pretensiones, la idea de que somos animales parece completamente razonable».

Olsen casi parece molesto por tener que defender la visión llamada *animalismo*, que es simplemente la afirmación de que «existe un cierto organismo humano, y ese organismo eres tú. Tú y él sois uno y lo mismo». Esto no significa que seamos «solamente» animales. Somos también otras cosas, como filósofos, músicos,

jardineros o anarquistas. «Podemos ser animales muy especiales —afirma Olsen—, pero los animales especiales siguen siendo animales.»

Esta observación merece ser subrayada. Uno de los trucos retóricos más fáciles y eficaces del libro es el uso de los términos «sólo» o «mero». Se puede conseguir que muchas ideas perfectamente sensatas parezcan notablemente inverosímiles por la inserción inteligente de una de estas palabras. Los críticos niegan que el pensamiento sea «meramente» el producto de la función cerebral, que los seres humanos sean «sólo» máquinas biológicas, o que la música sea «nada más que» la vibración del aire. Ahora bien, si se quitan las palabras entre comillas, ¿qué hay de escandaloso en cualquiera de esas afirmaciones?

La idea, por consiguiente, de que lo que nos hace ser los individuos que somos es el hecho de ser organismos biológicos particulares no debería desecharse aduciendo que hacemos mucho más que comer y reproducirnos. Si somos animales, somos claramente animales muy sorprendentes, y ningún animalista sugeriría otra cosa.

En cierto sentido, Olsen tiene razón al decir que, obviamente, somos animales. Sin embargo, ¿es cierto que es ahí donde encontramos el núcleo del yo, la perla esquiua de la identidad? Una cosa es decir que necesitamos un cuerpo para vivir, y otra que sea nuestro cuerpo lo que define quiénes somos. El hecho de que nuestros cuerpos sean esenciales no significa que definan nuestra esencia.

Los experimentos teóricos de filósofos y novelistas con personas que cambian de cuerpo cuestionan la idea de que seamos simplemente nuestros cuerpos. John Locke imaginó la mente y el alma de un príncipe que entraban en los de un zapatero remendón,<sup>2</sup> mientras que Franz Kafka, en *La metamorfosis*, imaginó un hombre que se despierta con el cuerpo de un escarabajo. Por supuesto, estas fantasías no demuestran que esas transformaciones sean posibles. Sin embargo, que sean imaginables y que pensemos intuitivamente que el príncipe y el hombre seguían viviendo en sus nuevos y extraños cuerpos, refleja el fuerte sentimiento que tenemos de que nuestra esencia no se ha de encontrar en nuestras envolturas biológicas originales. La distinción entre la persona

pensante que hay dentro y el vehículo animal para su existencia continuada es una distinción que incluso un niño puede hacer, sin necesidad de ninguna preparación filosófica.

Sin embargo, hay buenas razones para poner en tela de juicio todo lo que nos pueden llegar a decir ficciones como éstas. El hecho de que podamos imaginar algo no prueba que sea posible. Puedo imaginarme a mí mismo corriendo un kilómetro en diez segundos, pero nunca podría hacer tal cosa. Más aún, a veces creemos que hemos conseguido imaginar algo cuando, en realidad, no lo hemos hecho. Consideremos otro experimento teórico de John Locke, en el que nos pide que imaginemos lo que sucedería si uno se corta el dedo meñique y la consciencia no se quedara con el resto del cuerpo, sino que, abandonándolo, se fuera con el dedo. «Es evidente que el dedo meñique sería la persona, la misma persona —decía—, y entonces el yo no tendría nada que ver con el resto del cuerpo.» Eso parece razonable. Pero si se piensa en ello, ¿qué diablos significaría para un dedo meñique ser una persona consciente? ¿Podemos imaginar realmente cómo es eso de ser una persona-dedo?

Afortunadamente, no tenemos que basarnos sólo en la imaginación para entender la importancia que tiene nuestro cuerpo biológico en la definición de nuestra identidad. Tenemos casos en la vida real de personas que, insatisfechas con su cuerpo, lo cambian radicalmente. No estoy hablando aquí de la cirugía estética, sino de los cambios mucho más profundos que se producen cuando una persona pasa de un sexo a otro. Si estar en un cuerpo particular es realmente esencial para nuestra identidad, entonces los hombres y las mujeres que cambian de sexo deberían poder decirnos algo sobre cómo y por qué esto es así.

#### VIVIR EN EL CUERPO EQUIVOCADO

Drusilla Marland sabe algo de lo difícil que puede ser, incluso para los buenos amigos, entender lo que lleva a una persona a cambiar de sexo, porque uno de sus amigos, Richard Beard, escribió un libro asombrosamente sincero sobre ello. En su primera página describe lo que pensó cuando vio al compañero de acam-

pada al que había conocido durante años como Andrew con unos pendientes de perlas: «Eres un hombre de 43 años cuya esposa te acaba de dejar por otro tipo, llevándose con ella a tu hija. Tienes un carácter desmontado en la mesa de tu sala de estar. Bebes litros de Smiles Old Tosser durante la hora del almuerzo y trabajas en la sala de máquinas de un barco de pasajeros de siete mil toneladas. No eres una mujer».<sup>3</sup>

Ciertamente, Marland parecía una mujer cuando me entrevisté con ella en su casa de Bristol. Lo mismo que Jñanamitra, otro hombre que se había transformado en mujer, con quien me encontré para tomar café en un centro comercial de Birmingham. Jñanamitra adoptó su nombre al integrarse en los Amigos de la Orden Budista Occidental (AOBO), cuando éstos le pidieron que se convirtiera en miembro formal. Hasta ese momento había vivido como un hombre, como una mujer no plenamente transexuada, y luego de nuevo como un hombre. Pero era afortunada; Jñanamitra es un nombre que tanto sirve para hombre como para mujer y que podría conservar cuando finalmente se convirtiera en mujer.

Cambiar de sexo no es sencillo. «La principal creencia errónea de la gente con respecto a la transexualidad es que piensan que entras en un hospital, te operan, y sales como una mujer —me explicaba Jñanamitra—. Nunca ha sido así y no es así. Lo que sucede realmente es una segunda pubertad, en la que, con el tratamiento hormonal, tu cuerpo cambia gradualmente durante varios años para irse adaptando más a lo que sientes que eres.»

En efecto, ése es un proceso difícil en el que durante muchos años los médicos usaron hormonas como herramienta de diagnóstico, para ver si el cliente quería realmente cambiar de sexo. En la década de 1960, dice Jñanamitra, «repartían hormonas como si fuera la solución infalible». La idea era que, si ibas en serio, te gustaría el efecto que tenían. Si el cambio de sexo no era realmente lo adecuado para ti, las hormonas harían que lo comprendieras rápidamente, y tomar hormonas durante unas pocas semanas era algo reversible que no provocaría ningún daño. Uno de los principales expertos de Gran Bretaña en reasignación de sexo, el psiquiatra especialista Russell Reid, siguió prescribiendo hormonas en la primera cita hasta 1997, cuando el General Me-

dical Council consideró que se trataba de una mala práctica profesional de carácter grave.

Querer cambiar de sexo y llevar a cabo ese cambio requiere, por lo tanto, un compromiso real. Muchas personas, si no la mayoría de ellas, no pueden imaginar por qué alguien puede querer hacerlo. Pero, además, la mayoría de la gente no ha experimentado la fuerza de la disforia sexual; es decir, el sentimiento de estar atrapado en un cuerpo cuyo sexo no es el tuyo. No es de extrañar que sea difícil de imaginar, ya que es casi imposible siquiera explicarlo. Marland lo descompone en dos elementos: «la incomodidad dentro de mi cuerpo y la incomodidad con el papel social que me había sido asignado en función de las suposiciones que la gente hacía sobre mi sexo. Como es algo que está a nuestro alrededor continuamente, es muy difícil conseguir identificarlo en sus aspectos particulares». Recuerda una observación de la académica y creadora cinematográfica estadounidense Susan Stryker: «El sexo es el medio en el que nadamos». Cuando el sexo está equivocado, la vida pasa a ser algo así como nadar en melaza.

Sin embargo, la relación entre cuerpo e identidad en la disforia sexual es paradójica. Tener el cuerpo apropiado se considera algo absolutamente esencial para el sentido del yo, pero es posible tener un sentido fuerte del yo en un cuerpo equivocado. La disforia sexual parece, pues, demostrar *tanto* que nuestro cuerpo no es un elemento secundario sino esencial de quienes somos, *como* que nuestra identidad personal puede estar separada de nuestro cuerpo, si éste es del sexo equivocado.

La paradoja se resuelve siendo más precisos. Nuestro sentido del yo implica claramente el sentimiento de qué cuerpo es adecuado para nosotros, pero eso no significa que no podamos ser nosotros mismos en un cuerpo equivocado. En este sentido, un hombre biológico con disforia sexual es como una máquina que funciona con un combustible que no es el suyo. El motor de un coche podría parecer una analogía un poco disparatada, pero quizá no lo sea. No es accesorio para un motor funcionar con uno u otro combustible. Un motor diesel no funcionará con gasolina, o viceversa. Sin embargo, algunos motores diesel funcionarán, mejor o peor, con ciertos tipos de combustible «equivocado», como el aceite vegetal procesado. Puede chisporrotear e ir lento, pero

funcionará. No obstante, sigue siendo un motor diesel, no un motor de bioetanol. De la misma manera, alguien que siente como una mujer puede vivir en un cuerpo de hombre; ahora bien, no va a funcionar de forma idónea. Tener el cuerpo de un sexo particular es parte de su identidad, pero esa identidad puede sobrevivir con un cuerpo de otro sexo.

Por consiguiente, la experiencia transexual nos aporta argumentos tanto contra aquellos que dan demasiada importancia al cuerpo para la identidad, como contra aquellos que le dan demasiado poca. El cuerpo es muy importante para establecer quiénes somos, porque afecta a nuestra forma de pensar y experimentar el mundo. La identidad no puede flotar fuera de lo físico. Pero de ello no se colige que sea en nuestro cuerpo donde se encuentra la perla del yo. Nuestro sentido del yo se enraíza en lo que pensamos y en cómo sentimos. Nuestro cuerpo, al menos en parte, moldea ese sentido del yo, como el molde de escayola moldea una estatua. Pero igual que nadie confundiría el molde con la obra de arte, tampoco nosotros deberíamos identificar erróneamente el cuerpo con el núcleo del yo.

Ésta es una lección que, tal vez, Jñanamitra habría aprendido antes si no hubiera sido por sus creencias budistas. Sus viajes espirituales y corporales siempre se han entrelazado, pero no siempre lo han hecho felizmente. Jñanamitra no quiso dar su nombre de nacimiento, pero él —pues ella era entonces él— tenía la vida típica de un niño cuyo padre era comandante del ejército. Jñanamitra viajó por el mundo hasta los 8 años, y luego fue enviado a un internado. La disforia sexual apareció en la adolescencia, pero él fue avanzando como pudo, yendo a un centro de formación profesional, St Martins Art College, y luego al Royal College of Art. «No fue hasta que tuve unos 25 años, más o menos, cuando, finalmente, una mañana me desperté comprendiendo que no había ningún truco mágico, que no había nada que yo pudiera hacer para solucionar esto —dice—. Terminé yendo a una clase introductoria de meditación, y también ese mismo día realicé mi primera visita a un grupo de autoayuda.»

Enero de 1977 fue «uno de esos momentos de despertar», y se fue al Charing Cross Hospital, uno de los primeros centros pioneros en el tratamiento de reasignación y cirugía sexual, y empezó la tran-

sición a Catherine. «Es un proceso lento y entras en un mundo muy extraño, donde las personas que te conocen como varón te tratan como varón y no ven a la mujer emergente, y la gente que te ve como mujer te trata como mujer y no ve tu componente de origen masculino. Es una cosa extraordinaria relacionada con la percepción, algo que en realidad persigue a la mayoría de los transexuales, pues si alguien les ha conocido en su sexo anterior, con frecuencia son muy reacios a resituarlos mentalmente en su nueva condición. Atraviesas una fase muy extraña en la que nunca sabes bien cómo van a “leerte” los demás, si lo van a hacer como varón o como mujer.»

Fue realmente un momento decisivo el día en que Catherine tuvo que acudir a un puesto de ayuda sanitaria en carretera y fue «leída» como mujer. «Dije que era transexual y pre-op, pero, no obstante, me trataron muy bien, y tener esa afirmación en ese momento, me cogió por sorpresa, no lo esperaba.»

Sin embargo, cuando Catherine de nuevo se implicó más en los Amigos de la Orden Budista Occidental (AOBO), surgieron problemas. «Yo estaba muy abierta a ser transexual y tenía algunas dudas en cuanto a si ésta era realmente la manera de resolver la cuestión.» Estas dudas fueron alimentadas por el fundador de la AOBO, Sangharakshita. «Fue muy tajante en cuanto a que la transformación física no era el camino que debía seguir, y que el problema se podía resolver mediante el discernimiento. Me asustó. Realmente me asustó, hablándome de terribles consecuencias kármicas por el hecho de realizar la transición.» Los AOBO niegan la sexualidad esencial de las personas; en realidad, más bien al contrario, pues hay separación de sexos en muchas de sus prácticas. El problema es que tienen la visión rígida de que el sexo está necesariamente determinado desde el nacimiento.

Jñanamitra conoce a otras personas en una situación similar que acabaron por alejarse de los AOBO. Pero ella quería el dharma, quería seguir la vía. «Deseaba tanto unirme a la orden que volví y proseguí mi proceso de ordenación en el ala masculina de la orden. Esto fue tremendamente difícil para mí. Encontré una enorme incompreensión en lo que se refiere a aquello con lo que realmente estaba luchando y trabajando.»

Él, una vez más, tomó el apodo de Kit, «que es un nombre ambiguo, y que resulta ser también la sílaba central de Avalokiteśvara,



que es el bodhisattva de la compasión». Después de dieciocho meses sin hormonas, la gente veía a Kit de nuevo como varón por la calle. Durante doce años, entre 1983 y 1995, Kit siguió el proceso de ordenación. Trabajaba en su práctica, con la esperanza de que si podía llegar al discernimiento, podrían resolverse sus problemas de sexo. Sin embargo, «unos tres o cuatro años después de que me ordenara, empecé a darme cuenta cada vez más de que había tenido una especie de episodio de disforia sexual aproximadamente cada mes. Y finalmente tuve que reconocer que esto era algo que no había resuelto en absoluto».

Todo llegó a un punto crítico en un retiro de atención plena. Parte de la práctica supone observar qué pensamientos y sentimientos surgen en la mente y considerar de qué dependen esos pensamientos. ¿Qué los estimulaba? ¿Cuál era el desencadenante? «Así que allí estaba yo, consciente de ese pensamiento que surgía, y entonces comprendí que por debajo de todo aquello había una cosa absolutamente firme, mi disforia sexual, que no surgía dependiendo de nada: simplemente estaba allí. Y cuando vi eso, tuve una experiencia espiritual catastrófica. Nunca he tenido algo así desde entonces. Toda la superestructura de mi motivación para proseguir la meditación simplemente desapareció como una baraja lanzada al viento, y comprendí que no tenía ningún sentido luchar ni sufrir y que podía perfectamente volver a ver al médico de nuevo. Lo que estaba frenándolo todo era la idea de que yo podía transformar aquello con discernimiento. Conseguí el discernimiento, pero el discernimiento demostraba que no podía transformarlo con discernimiento.»

Volvió al tratamiento médico sin pretender el cambio, pero «el sentimiento de que la verdadera identidad era la femenina era muy fuerte, y desde el momento en que se reconocía desde fuera, no podía detenerme».

La historia de Jñanamitra es un testimonio convincente contra aquellos que insisten en que se pueden tratar las cuestiones de disforia sexual sin cambio físico. Ella trató de hacerlo así, armada con las herramientas de la meditación de la atención plena, herramientas que psicólogos que no necesariamente comparten la metafísica budista encuentran tan eficaz que la han adoptado para objetivos seculares. El suyo es un caso límite, un caso que muestra

lo lejos que se puede llegar tratando de separar nuestra identidad de nuestro cuerpo. Que ella pudiera llegar tan lejos pone de manifiesto lo fuerte y lo importante que es el sentimiento de identidad. Que éste llegara tan lejos muestra, no obstante, que también el cuerpo es importante para ese sentimiento de identidad.

He aquí una distinción sutil pero vital, a la que aludí anteriormente: la identidad personal no puede flotar lejos de lo físico, pero no está enteramente determinada por lo físico. Recogiendo la imagen de Susan Stryker, nuestros cuerpos son el medio a través del cual nadamos. Como tal, afectan profundamente a quienes somos. Por analogía, pensemos cómo cambia una obra musical si la interpreta una orquesta sinfónica, una banda de rock o un conjunto de folk acústico. El medio a través del que se expresa establece una diferencia importante. La pieza en sí es la misma, pero resulta diferente en la ejecución particular de cada banda. Igualmente, nuestras vidas son como sinfonías que duran décadas, y el instrumento que se nos ofrece para tocarlo es muy importante para determinar cómo suena. Así como un violín puede dar notas que no puede dar una guitarra de bajo, y viceversa, así un cuerpo femenino esbelto y hermoso proporciona posibilidades diferentes a las que proporciona un cuerpo masculino bajo y sin atractivo. Subestimar la medida en que el medio de nuestra existencia —el cuerpo particular que se nos da a cada uno— da forma a la persona que llegamos a ser sería una locura. Pero pensar que la persona sólo es el medio anda igualmente descaminado.

Marland y Jñanamitra son como intérpretes que han cambiado de instrumento en mitad de la actuación. Pero aunque eso signifique que han pasado por cambios de identidad mucho mayores que la mayoría de la gente, este hecho no parece provocar un sentimiento radicalmente diferente de la continuidad entre el yo del pasado y el actual; la melodía sigue siendo la misma. Como otras personas, varían en la manera de ver el yo del pasado en su continuidad con el yo presente. Jñanamitra dice que apenas tiene sensación de que las diversas versiones de su yo correspondan a una misma persona. «Siento como si en estos días hubiera vivido varias vidas. Es muy extraño recordar mi infancia y tener la sensación de que era yo.» Sin embargo, es imposible decir en qué medida esto tiene que ver con sus disposiciones naturales, sus cambios

de sexo y sus creencias budistas, que niegan la existencia de un yo perdurable. «Decir “lo que eres verdaderamente” es difícil, porque eso implica que puedo mirar dentro de mí y encontrar algo que sea lo que “verdaderamente eres”, por decirlo así, mientras que lo que descubro es un cambio constante, algo que depende continuamente de las condiciones, donde los impulsos surgen y desaparecen.»

No obstante, hay algunas continuidades fuertes. «Yo diría que tengo un tipo de personalidad reconocible, de modo que cualquiera que me conociera antes creo que me reconocería también ahora. Hay ciertos intereses que persisten. Me gustan las cosas prácticas, me gustan los proyectos, me gusta hacer cosas, eso siempre ha sido así. Esos aspectos de mi personalidad permanecen inalterados.» Y «siempre he sido una mujer, sí. Eso ha sido constante».

Por el contrario, Marland tiene la misma sensación de continuidad que tienen muchas personas, tal vez la mayoría de ellas. «Me perdí conduciendo a través de Gales hace unas pocas semanas y me encontré en algún lugar por el que había pasado en varias ocasiones durante los últimos treinta años. Al recordar tiempos pasados, hay instantes en los que siento como si me agarraran desde atrás, y esos momentos me son muy queridos. Sigue habiendo un mismo yo en el sentido de que yo sigo mirando a través de los mismos ojos con los que miraba cuando lo estaba experimentando. No hay ningún antiguo “él” del que yo piense en tercera persona, ciertamente. Lo veo como una continuidad.»

La reasignación de sexo es un ejemplo extremo, pero todos los yoes cambian a lo largo de los años. Que los veamos como cambios de un único yo, o como un cambio literal de un yo por otro, al parecer depende más de la percepción del individuo que únicamente de la extensión del cambio. Parece que algunos pueden cambiar de cuerpo sin que por eso cambie quiénes son realmente. Nuestro cuerpo no es lo que en última instancia nos facilita la percepción de la perla en el corazón del yo, aunque nuestra corporalidad esencial importa mucho más de lo que algunos teóricos han creído. Esto se debe a que somos «cuerpos de pensamiento». Es el pensamiento —que incluye emociones y percepciones, no sólo procesos racionales— lo que nos hace quienes

somos, pero estos pensamientos están siempre corporificados. Como dije anteriormente, los cuerpos son esenciales, pero no son nuestra esencia.

### CAÑAS PENSANTES

Las personas transexuales no son las únicas que se muestran cautelosas a la hora de vincular demasiado o demasiado poco el sentido del yo al cuerpo. Hay muchas otras personas cuyo cuerpo está ligado íntimamente y de forma especial a su propia sensación de quiénes son. Pianistas, atletas, modelos y gimnastas, todos ellos necesitan el particular cuerpo que poseen para ser el individuo que han llegado a ser. Cualquier cambio radical en su cuerpo sería un trauma tremendo y exigiría una reconsideración completa sobre cómo vivir su vida. Pero como comenta acertadamente el filósofo Anthony Quinton, cuando se producen esos traumas, la persona no deja de existir. Los supuestos nucleares sobre lo que las personas son y sobre lo que hacen pueden verse trastocados o destruidos, pero la persona que se ajusta a ese trauma es, en los aspectos críticos, la misma persona que lo sufrió. La corporalidad es, sin embargo, crucial —después de todo, siguen teniendo cuerpo—, pero los detalles precisos de su forma pueden cambiar sin amenazar la integridad de la persona.

Tomemos el ejemplo de la modelo y presentadora de televisión Katie Piper. Sus amables miradas a la cámara eran claves para la vida que ella se había construido en la televisión. Pero el 31 de marzo de 2008 una persona completamente desconocida para ella, que trabajaba para su trastornado ex novio, le arrojó ácido sulfúrico a la cara, desfigurándola de por vida. Quedó ciega de un ojo, y soportó durante años ser alimentada a través de un tubo y llevar una máscara facial transparente veintitrés horas al día.

Hablando de la agresión dieciocho meses después, Piper parecía apoyar la idea de que este cambio corporal tuvo como resultado un cambio de identidad profundo. «Al mirarme en el espejo, pensaba: “No sé quién es esa persona”. No podía identificarme con ella. Era una crisis de identidad enorme.»<sup>4</sup> Había cambiado.

«Nunca iba a ser la antigua Katie. Ella es como una buena amiga que tuve en otro tiempo —decía—. Ella se ha ido y ahora hay otra diferente en su lugar.»<sup>5</sup>

Pero también parece estar muy claro que éste es el caso de una persona que cambia, no de una persona que se transforma completamente en otra. En los aspectos más fundamentales, Piper sigue siendo la misma mujer. Puede decir cosas como: «Comprendo que mi vida anterior era muy superficial», porque su vida se extiende a antes y después del suceso. Puede decir: «Mi familia ha estado genial», porque sigue siendo su familia, capaz de reconocerla y ser reconocida por ella como la misma. Ése era, en efecto, el mensaje que quedaba en los espectadores al final de un documental sobre su experiencia. «He suplido estos ataques terribles, sí, físicamente parezco totalmente distinta, pero quiero ser la mujer que pasó por eso y ahora está viviendo [...] Quiero librarme de eso y ser sólo Katie.»<sup>6</sup>

Una transformación corporal aún más extrema es la que le sucedió al historiador Tony Judt. En 2008, tenía «68 años y era un tipo muy rico, muy sano, muy independiente, que viajaba y practicaba deporte».<sup>7</sup> Dieciocho meses más tarde, era un tetrapléjico atado a una silla de ruedas, que tenía que llevar siempre un tubo de respiración a través de una máscara de plástico. El desorden neuronal motor de la esclerosis lateral amiotrófica, conocido popularmente como enfermedad de Lou Gehrig, le condenó a un «encarcelamiento progresivo sin posibilidad de escapar».<sup>8</sup> La condena sólo terminó con su muerte en agosto de 2010.

«Estoy tratando de dar con lo que debe significar ahora estar reducido a la esencia de lo que soy —declaró al periodista Ed Pilkington—. La “caña pensante” de Pascal lo expresa realmente, porque soy sólo un manojo de músculos muertos que piensa.» Incapaz de hacer nada físicamente, la existencia de Judt había llegado a estar cada vez más centrada en lo mental. Incapaz de escribir ni de tomar notas, tenía que pensar y recordar lo que quería decir, y luego dictárselo a otros. Como resultado, su memoria mejoró considerablemente. Pero «se exagera mucho sobre los placeres de la agilidad mental —así me lo parece ahora— por parte de quienes no dependen exclusivamente de ellos. Lo mismo se puede decir en gran parte de los bienintencionados estímulos para descu-

brir compensaciones no físicas a la incapacidad física. Eso es futilidad. Una pérdida es una pérdida, y nada se gana poniéndole un bonito nombre».<sup>9</sup>

Judt no aguantaba a aquellos que pensaban que el sufrimiento era como una especie de bendición disfrazada. «Esto es sencillamente el infierno. Porque no hay ninguna esperanza, ninguna ayuda, y conoces el final que se acerca, sabes que cada día será como el anterior, sólo que tal vez un poco peor. Como Sísifo, mañana tendrás que hacer rodar esta roca sanguinolenta hasta la montaña, exactamente de la misma manera.»<sup>10</sup> Su vida se hizo casi intolerable, pero, no obstante, era su vida. Perdió el uso de casi todo su cuerpo, aunque seguía siendo la persona atrapada en él. Judt demuestra que, aunque dependamos trágicamente de nuestro cuerpo, nuestra identidad está determinada por la vida mental que éste nos permite llevar. La historia de Judt es como el experimento teórico de un filósofo que se pone en plan sádico: ¿qué pasaría si estuvieras reducido solamente al yo psicológico, sólo con el soporte físico mínimo necesario para sostenerlo? La respuesta es que la vida se vuelve terrible, pero, pese a todo, continúa. Como concluye Anthony Quinton, «los caracteres pueden sobrevivir a muchas alteraciones físicas, incluso emocionalmente desastrosas, del cuerpo de una persona».<sup>11</sup>

La idea de que nuestra identidad viene dada pura y simplemente por nuestro cuerpo es demasiado tosca. Evidentemente, lo más importante es la vida interior de pensamientos, sentimientos y percepciones, que dependen de nuestro cuerpo y son moldeados por él, pero que no son idénticos a él. Sin embargo, eso sugiere que el núcleo del yo puede ser físico, después de todo. Tal vez no hemos sido suficientemente concretos sobre qué partes de nuestro cuerpo son más importantes. Nadie pensaría que estamos definidos por el corazón, los pulmones o el hígado, por ejemplo, todos los cuales se pueden trasplantar sin pérdida de identidad. Pero ¿no hay una parte de ese cuerpo que es absolutamente esencial a la persona que somos? ¿Tal vez nuestra esquiva perla se parezca más a una nuez?